



MEDITACIÓN PARA EL PRIMER SÁBADO



2o. Misterio Doloroso

LA FLAGELACIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO



“QUE LOS SUFRIMIENTOS DEL SEÑOR NO SEAN EN VANO”

Introducción:

Se aproximan los días en que recordaremos durante las celebraciones litúrgicas la Pasión y Muerte de nuestro Divino Redentor. Por eso dedicaremos la devoción de la comunión reparadora del primer sábado de este mes a la contemplación del 2º Misterio Doloroso del Rosario: *La Flagelación de Nuestro Señor Jesucristo*. A fin de cumplir su misión redentora y reparar delante del Padre Eterno los pecados de la Humanidad, el Cordero de Dios se inmola y padece sufrimientos atroces durante la Pasión. Los más crueles le fueron impuestos por los flagelos de los verdugos, que lo hirieron sin piedad.



Composición de lugar:

Nuestra composición de lugar será ver con los ojos de la imaginación al Divino Salvador siendo arrastrado por los verdugos al patio del Pretorio de Pilatos. Allí es despojado de sus ropas y atado con refinamientos de crueldad a una columna, exponiendo su cuerpo a los azotes de la flagelación.

Contemplemos cómo el Redentor se somete voluntariamente a tales sufrimientos y, de cabeza baja, espera ese martirio.

Oración preparatoria:

¡Oh, Corazón Sapiencial e Inmaculado de María!, venid en auxilio de nuestra humana debilidad y ayudadnos a realizar bien esta devoción reparadora, meditando el doloroso Misterio de la flagelación de vuestro Divino Hijo.

Rogadle al verdadero Cordero Pascual que se inmoló por nuestra salvación, que nos conceda las gracias necesarias y abundantes para recoger de este piadoso ejercicio los frutos de arrepentimiento y de cambio de vida que sus sufrimientos nos impulsan a practicar. Haced, oh, Madre, que podamos comprender cuánto contribuyeron nuestras faltas y pecados para los atroces tormentos que cayeron sobre Jesús, y que no haya sido inútil para nuestra conversión la preciosísima sangre por la cual somos rescatados. Amén.

San Juan (18, 38-40 ;19, 1-5)

“³⁸ Pilato le dijo: «Y ¿qué es la verdad?». Dicho esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les dijo: «Yo no encuentro en él ninguna culpa. ³⁹ Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?».

⁴⁰ Volvieron a gritar: «A ese no, a Barrabás». El tal Barrabás era un bandido.

Jn19¹ Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. ² Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; ³ y, acercándose a él, le decían: «¡Salve, rey de los judíos!». Y le daban bofetadas. ⁴ Pilato salió otra vez afuera y les dijo: «Mirad, os lo traigo fuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa». ⁵ Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: «He aquí al hombre».

I- LA FLAGELACIÓN

Entremos en el Pretorio de Pilatos, ahora convertido en el palco horrendo de ignominias y dolores de Jesús. Consideremos cuán injusto, ignominioso y cruel, fue el suplicio que el Salvador del mundo sufrió en ese lugar.



1- Castigo reservado a los esclavos

Pilatós, viendo que los judíos continuaban a vociferar contra Jesús, lo condenó injustamente a ser flagelado. Ese juez inicuo pensó que con ese trato salvaje despertaría la compasión de los enemigos del Salvador y libraría al reo de la muerte. La flagelación era un castigo reservado solamente para los esclavos. Nuestro amoroso Redentor, dice San Bernardo, no solo quiso tomar la forma de esclavo sometiéndose a la voluntad de otro, sino la de un esclavo malo, para ser castigado con azotes y así pagar la pena merecida por el hombre hecho esclavo del pecado. “¡Un Dios flagelado! ¡Causa más espanto un Dios sufrir los más insignificantes golpes, que todos hombres y todos los ángeles ser destruidos y aniquilados!”, exclama San Alfonso María de Liguorio. Y con este santo debemos exclamar: “¡Oh, Hijo de Dios, gran amante de mi alma! ¿Cómo pudisteis Vos, Señor de infinita majestad, amar tanto un objeto tan vil e ingrato como yo, sometiéndoo a tantas penas para librarme del castigo merecido?”

2- Cristo quiso someterse a los crueles flagelos

Según revelaciones privadas, cuando llegó al lugar de la flagelación, a la orden de los verdugos el mismo Jesús se despojó de sus vestimentas, abrazó la columna y entregó sus manos para ser atadas. Aceptó ese sufrimiento y quiso someterse al mismo, para cumplir su misión redentora. Con la cabeza baja, mirando hacia el suelo, Nuestro Señor esperó el horrendo tormento. Y he ahí que los sanguinarios carniceros, como perros rabiosos, arremetieron con sus azotes contra el inocente cordero. Le cubrieron el cuerpo entero de golpes y azotes, sin escaparles ni la sagrada cabeza o su admirable rostro. La sangre divina corre por todas partes y embebe los flagelos, las manos de los verdugos inhumanos, la columna, el suelo. A las llagas, le suceden más llagas; a los golpes, nuevos golpes; y a las fracturas, más fracturas. Los azotes no solo le cubrían de heridas el cuerpo entero, sino que también le arrancaban pedazos de carne, lacerándolo totalmente.

Dice Cornelio a Lapide que en ese tormento, Jesucristo naturalmente debería morir: sin embargo, quiso, con su virtud divina, conservar la vida, a fin de sufrir penas aún mayores por amor a nosotros.

3 – Herido por causa de nuestros pecados, especialmente la impureza.

Delante de tantos y tan terribles castigos, nos preguntamos: ¿Por qué el Padre permitió que su Hijo los sufriese? “Yo lo castigué por causa de los crímenes de mi pueblo” (Is 53,8), responderá el Señor por los labios del profeta Isaías. Y San Alfonso acrecienta: “Es como si Dios dijese todavía: *Yo sé que mi Hijo es inocente; mas, dado que Él se ofreció para satisfacer mi justicia por todos los pecados de los hombres, conviene que yo lo abandone al furor de sus enemigos.*”

Sí, para pagar nuestros delitos, y en especial los pecados de lujuria e



impureza, quiso el Señor que fuese dilacerada su carne purísima. ¿Quién no exclamará con San Bernardo: “¡Oh, mi Señor flagelado, os agradezco tan gran amor y también me arrepiento de haberme unido con mis pecados a vuestros verdugos! Detesto, ¡Oh, mi Jesús, todos esos placeres depravados que os ocasionaron tantos dolores!”?

Debo aprovechar este momento y, por los ruegos de María Santísima, pedir a Jesús que perdone por mis faltas y miserias, por mis pecados que tanto lo hicieron sufrir, y por los cuales Él soportó tantos castigos. No permita Él que volvamos a ofenderlo y a disgustarlo, sino que, por el contrario, nos conceda la gracia y las fuerzas para que perseveremos en el camino de la virtud y de la santidad.



II – ECCE HOMO – “¡HE AQUÍ AL HOMBRE!”

El tormento de la flagelación fue uno de los más crueles sufridos por el Redentor en la Pasión, porque fueron muchos los verdugos que lo azotaron, y el número de azotes fue mucho mayor de lo que sería soportable a un ser humano.

1- Esperaban que Jesús muriese con los azotes

De hecho, temiendo que Pilatos soltase al Señor después de azotarlo, como ya lo había afirmado al decir: “Lo castigaré y lo pondré en libertad”, tramaron los fariseos y los sumos sacerdotes matar a Jesús con los azotes. Por esto, afirma San Buenaventura y diversos santos autores, que los verdugos escogieron para el suplicio de la flagelación los instrumentos más bárbaros, de manera que los golpes, dados con espantosa brutalidad, arrancaban pedazos de la bendita carne del Salvador y le iban dejando al descubierto sus costillas y muchos de sus huesos.

2- Hasta los que lo odiaban se conmovieron

No solo de las revelaciones privadas y de escritos de santos, sino también de las propias Escrituras se deduce cuán inhumana fue la flagelación de Jesucristo. En efecto, después del castigo, Pilatos mostró a Jesús al pueblo, diciendo: “¡He aquí al Hombre!” ¿Porqué lo habría querido mostrar en ese estado? San Alfonso responde: “Pilatos, viendo que Nuestro Salvador estaba reducido a una figura tan digna de compasión, juzgaba que por el solo hecho de mostrarlo así al pueblo, hasta sus propios enemigos se compadecerían, llevándolos a no exigir más su muerte”.

Y acrecienta el santo: “¿Por qué al subir el Calvario, las mujeres judías lo acompañaron con lágrimas y lamentos?” (Lc 23, 27). ¿Tal vez porque esas mujeres lo amaban y lo juzgaban inocente? No, las mujeres generalmente siguen los sentimientos



de sus maridos, y por eso también ellas lo tenían en cuenta de reo.

El motivo era que Jesús, después de la flagelación ofrecía un aspecto tan lastimoso y deplorable, que causaba lágrimas hasta en los que lo odiaban.

3- Pero el Salvador debía morir en la Cruz

Sin embargo, el holocausto de Cristo debía ser consumado en lo alto del Calvario. Por eso, viendo que Nuestro Señor había perdido casi toda su sangre en la flagelación, y estaba tan privado de fuerzas que casi no podía mantenerse en pie, cayendo más de una vez debajo de la cruz a lo largo del camino, los perversos verdugos se vieron constreñidos a obligar al Cirineo a llevar el madero, pues querían a Nuestro Señor vivo en el Calvario y clavado en su instrumento de martirio, para que su nombre quedase para siempre infamado: “*arranquémoslo de la tierra de los vivos, que jamás se pronuncie su nombre*” según la predicación del Profeta (Jr 11,19).

Ah, Señor, profunda es mi gratitud al saber que conserváis por mí el mismo amor que me teníais en el tiempo de vuestra Pasión. Pero, ¡cuán grande es mi dolor al pensar que ofendí a un Dios tan bueno! Por los merecimientos de vuestra flagelación, por las lágrimas de vuestra Madre Dolorosa, oh, Jesús mío, os suplico mi perdón. Me arrepiento de haberos ofendido y os pido la gracia de, de ahora en adelante, amaros siempre.



III – QUE NO SEA EN VANO LA SANGRE DERRAMADA POR CRISTO

En el Misterio de la Flagelación, así como en los demás Misterios Dolorosos, Nuestro Señor Jesucristo se nos presenta como la víctima pura e inocente, para expiar la deformación producida en el hombre por el pecado. Su Pasión nos da una noción de la gravedad de nuestras culpas, que costaron al Hombre por excelencia, modelo de todo el orden de la creación, tan atroz holocausto.

¡Cómo deberíamos tener esto presente en el momento en que el demonio nos tienta o nuestras inclinaciones nos inducen al mal! En el fondo, al ceder a las tentaciones y a nuestros defectos cuando pecamos, abofeteamos a Jesús, como lo hicieron sus crueles verdugos. Y no olvidemos esta otra verdad: “*porque, si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?*” (Lc 23,31). Siendo así la justicia de Dios sobre el Inocente, que puso sobre las espaldas el peso de nuestros crímenes, ¿qué nos sucederá si no nos arrepentimos de nuestras faltas y seguimos las vías de la enemistad con Dios?

1 – Nuestro examen de conciencia

Recordando la Pasión y Muerte de Nuestro Señor, este es el momento de hacer un propósito serio de enmienda de vida, dejando todos los caprichos y todos los desvíos, para transformar nuestra existencia en un acto de reparación a todo lo que Jesús sufrió. Tengamos un verdadero arrepentimiento de nuestras faltas, con mucha unción sobrenatural, hasta el punto de pedir con un corazón sincero el horror



al pecado y el amor a la virtud. Que yo me ofrezca enteramente a abrazar una vida de virtud, de pureza, de humildad y de obediencia; en una palabra, de santidad, y al pie de la cruz, pueda hacer compañía a la Madre de Jesús.

2 – La justicia y la misericordia juntas en la Cruz

Al mismo tiempo, no podemos olvidar que la justicia y la misericordia se abrazan y se besan en el altar en el cual es ofrecida la Divina Víctima. De este modo, la cruz no es apenas un trono de justicia, sino también de misericordia y de bondad. Dios bien podría habernos privado para siempre, por el pecado, de la participación en la gracia divina, como hizo con los ángeles rebeldes. Con nosotros, Dios invirtió la situación enviando a su propio Hijo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Lleno de compasión, Jesús tomó un cuerpo sufridor con vistas al martirio, a fin de reparar los pecados del hombre y abrirle las puertas del Cielo, transformándose Él mismo en víctima de la justicia divina. ¡Solo un Dios es capaz de esto! Ninguna criatura tendría fuerzas para llegar a tal extremo. Así, la vida divina pasó a estar a nuestro alcance, y hoy, nosotros, bautizados, que vivimos en la gracia de Dios, tenemos en el alma la semilla de la visión beatífica y nos preparamos para la felicidad eterna.

3 – Que no sean en vano los dolores de Cristo por nosotros

A Nuestro Señor bien se le podría aplicar la frase del salmista: “¿Cuál es la utilidad de mi sangre?” (Sal 30, 10). Esta pregunta resuena no solo en la Pasión sino también en nuestros días: ¿Qué utilidad tiene la sangre de Nuestro Señor Jesucristo para nosotros, en el siglo XXI? ¿Qué utilidad tiene esa sangre para mí? ¡Esa sangre preciosísima, derramada por mí hasta acabarse! Digámosle a Jesús, junto con San Bernardo: “¡Oh, Señor mío dilacerado, a qué estado os redujeron nuestras iniquidades! ¡Oh, buen Jesús, nosotros pecamos y Vos fuisteis castigado! ¡Que vuestra caridad sea para siempre bendita y seáis amado como lo merecéis, por todos los pecadores y especialmente por mí, que os desprecié más que los otros! ¡Ah, que no sean en vano para mí, tantos dolores y tanta sangre!”



CONCLUSIÓN

Al finalizar esta meditación, volvámonos una vez más hacia nuestra Madre Inmaculada, la Corredentora del género humano, la Medianera de todas las Gracias, que acompañó con indecible solicitud y maternal desvelo los dolores y los tormentos padecidos por su Divino Hijo a lo largo de toda la Pasión. Pidamos a María, con firmes propósitos de arrepentimiento y de pesar por nuestras culpas, que nos transforme de pecadores en santos, de hijos ingratos en perfectos discípulos del Redentor, que



*Apostolado del Oratorio, María Reina de los Corazones – Devoción de los primeros sábados de mes.
Abril de 2020, 2º Misterio Doloroso, La Flagelación de Nuestro Señor Jesucristo*

entregó hasta su última gota de sangre para salvarnos. Roguemos a nuestra Madre celestial que nos ayude a reparar, con una vida de virtud y de buenas obras, todo el mal hecho en el pasado y que habrá sido causa de los dolores de Jesús en la flagelación, así como de los sufrimientos que padeció hasta el “*Consumatum est*” en lo alto del Calvario.

Que Ella se compadezca de nosotros y nos alcance la gracia, para esta Semana Santa que se aproxima, de aliviar los dolores del Señor con nuestra disposición de virtud y santidad. Así sea.

Dios te salve, Reina y Madre...



Referencias bibliográficas

Basado en:

Catecismo de la Iglesia Católica, Edições Loyola, São Paulo, 2000.

San Alfonso María de Liguori, *A Paixão de Nosso Senhor Jesus Cristo, Piedosas e edificantes meditações sobre os sofrimentos de Jesus*, edición en PDF de Fl. Castro, abril de 2002.

Mons. João S. Clá Dias, *O inédito sobre os Evangelhos*, Libreria Editrice Vaticana, 2013, vol. VI.

Apostolado del Oratorio – Devoción de los Primeros Sábados

Informativo destinado a los coordinadores del

Apostolado del Oratorio

Heraldos del Evangelio heraldos@heraldos.org.mx